

Quién soy

Pier Paolo Pasolini
traducción de Arturo Carrera
(Buenos Aires, Mate, 1997)

Prólogo

I

El manuscrito de *Poeta de las cenizas* o *Quién soy*, de Pier Paolo Pasolini, fue hallado por su biógrafo Enzo Siciliano poco tiempo después del asesinato del poeta, entre los papeles íntimos. Fue publicado por primera vez bajo el título de *Poeta de las cenizas* en julio de 1980, en la revista italiana *Nuovi Argomenti* (Nº 67/68), dirigida por Alberto Moravia, Attilio Bertolucci y Enzo Siciliano.

Según las indicaciones de Siciliano, el texto era unas treinta y dos páginas escritas a máquina a doble espacio, "atormentadas de correcciones en birome", y que supuestamente fueron escritas en agosto de 1966, en Nueva York, "fingiendo respuestas en torno a su propio trabajo a un entrevistador estadounidense".

Hacia fines de julio de 1966, su film *Pajarracos y pajaritos* fue presentado en el festival de cine de Montreal y en octubre del mismo año en el festival de Nueva York. Para esta ocasión Pasolini se demora más tiempo en Manhattan, víctima acaso de una pasajera enfermedad que, imaginamos, acicateó su ánimo de escribir esta preciosa y breve autobiografía cuyo título posible fue también para él *Who is me* (*Quién soy*).

También es posible -según el biógrafo- que Pasolini haya pensado incluir este poema como "Apéndice al volumen antológico de versos"

-como fue indicado por él mismo en el manuscrito-. O que Pasolini proyectara corregir el poema para su libro *Poesías*, editado en 1970 por Garzanti, y que haya decidido sólo mantener fragmentos, o ideas, como la fuga con la madre de Casarsa a Roma, definida en *Poesías* y *Quién soy* "como una página de novela".

II

Hacia fines de 1994, Simonetta Bellesi y Alejandro Marcaccio me envían gentilmente las fotocopias de *Quién soy*, y hago mi tentativa de traducción durante el verano.

No era el mejor momento de mi vida: la diosa Fortuna, ebria de tequila, calva y ciega, se había llevado otra vez todo mi dinero: su risa rechinaba como su rueda de *potlatchs* y yo debía decidirme a "vivir, como quien rema".

El poema de Pasolini me ofrecía su estética de momento límite; tenía algo que le falta a la lengua; tenía esa mínima parte de acción que refuerza a tientas nuestro apoderamiento de la realidad de este mundo.

De manera que con un mismo movimiento, de helicoide que sube o baja o se deshace, me entregaba en la luz, ciegamente, imagen por imagen, eso que nos reitra a cada instante el mundo: esa parte de la lengua que se exilia en el misterio de las hablas y que le falta al misterio de cada uno.

Pero también me estrellaba en otro dominio del lenguaje, ya no la poesía sino su pérdida; ya no el saber sino los incontables sujetos; ya no la palabra sino su rumor en el agua: poética de quien disolvió su cuerpo en la lucha ultrapolítica, en el sitio poco esperanzado de la revolución y el compromiso.

Pasolini niega la poesía y al mismo tiempo la purifica; la lleva a su causa más ignota: ética en una abolición de nosotros mismos (como en Ciorán, como en San Juan).

Arturo Carrera

Poeta de las cenizas

Soy alguien
que nació en una ciudad llena de pórticos en 1922.
Tengo, por consiguiente, cuarenta y cuatro años bien llevados
(ayer nomás dos o tres soldados, en un bosquecito de putas,
me dieron veinticuatro, --pobres chicos
que tomaron a un niño por alguien de su edad);
mi padre murió en el '59,
mi madre está viva.
Lloro todavía, cada vez que lo recuerdo,
por mi hermano Guido,
partisano muerto por otros partisanos, comunistas
(él pertenecía al partido de Acción, y yo se lo había
recomendado; inició la Resistencia como comunista),
en las montañas, malditas, de una frontera talada
con pequeñas colinas grises y prealpes desolados.
En cuanto a la poesía, empecé a los siete años:
pero no era precoz sino por voluntad.
Fui un "poeta de siete años"
--como Rimbaud-- pero únicamente en la vida.
Ahora, en un pueblito entre el mar y la montaña,

donde estallan grandes temporales,
en invierno llueve mucho,
en febrero se ven las montañas claras como el vidrio
apenas más allá de las ramas húmedas,
donde después nacen las primulas sin perfume
en las zanjas, y en verano, las parcelas, pequeñas,
de maíz, alternando con el verde oscuro de la alfalfa
se dibujan contra el cielo esfumado
como un paisaje misteriosamente oriental, --
ahora, en ese pueblito,
hay un cofre lleno de manuscritos
de uno de los tantos niños poetas.

La cosa más importante de mi vida ha sido mi madre
--(a la que se agregó ahora únicamente Ninetto).
En el '42, en una ciudad donde mi país
es de tal manera el mismo que parece un país de sueño,
con la gran poesía de la impoeticidad,
hormigueante de campesinos y pequeñas industrias,
mucho bienestar, buen vino, buena comida,
gente educada y rústica, un poco vulgares pero sensibles,
en esa ciudad publiqué mi primer librito de versos,
con el título, por entonces conformista, de *Poemas a Casarsa*.
dedicado, por conformismo también, a mi padre,
que lo recibió en Kenia,
--estaba allí prisionero, víctima ignara y sin crítica
de la guerra fascista.
Le dio un inmenso placer, lo sé, recibirlo:
éramos grandes enemigos,

pero nuestra enemistad formaba parte del destino,
estaba fuera de nosotros.

El signo de nuestro odio, signo ineluctable,
signo para una investigación científica que no falla
--que no puede fallar--,

ese libro dedicado a él
¡estaba escrito en dialecto friulano!
¡El dialecto de mi madre!

El dialecto de un mundo
pequeño, que él no podía no despreciar,
--o al menos aceptar con la paciencia de un padre...

¡Y eso a causa de una contradicción anterior:
una de esas, todavía, que no pueden traicionar los científicos!

Allí, donde se hablaba ese dialecto, él se había enamorado.
Enamorado, de mi madre.

Así, a través de ella, el mundo pequeño, inferior,
campesino, casi negro, que él despreciaba
lo había vuelto esclavo:

pero también esta vez, él no lo sabía.

No sabía que su patrón era aquel amor
que a través de una mujer niña (¡mi madre!),
bella, de bella garganta, de alma demasiado inocente
de ángel inadaptado para vivir fuera de los pueblos,
justamente, lejos de los campos,
había vuelto vanas todas sus certidumbres morales
de mísero hombre hecho para ser él el patrón.

Así, ese dialecto,
era una cosa diabólica.

Era el centro de mil contradicciones,
donde la más dolorosa era el hecho

de que no podía ser admitida:
estaba consagrada por la edición
y por las cándidas páginas de un libro de poesía
del que su hijo de veinte años era el Autor.
Y no se podía ni siquiera iniciar el examen,
dado que no eran admisibles,
de esas contradicciones, que fueron como nubes negras,
espantosos truenos, índice de total derrota y de muerte,
contra el horizonte luminoso del orgullo de un padre prisionero.

Bien, al final de la guerra,
vuelve a Italia, con aquel librito de versos “friulanos”
en la valija.

Reliquia sagrada, recuerdo de familia, testimonio de grandeza
aún futura.

Debo agregar que mi padre aprobaba el fascismo.

Y aquí está la segunda contradicción, la pública:
el fascismo no toleraba los dialectos, signos
de la incompleta unidad de este país donde nació,
realidades inadmisibles y desvergonzadas a ojos de los nacionalistas.
Por esa razón mi libro no fue comentado en las revistas oficiales.

Y Gianfranco Contini debió enviar su reseña
(la alegría literaria, la más grande de mi vida)
a un diario de Lugano.

Con el fin del fascismo, comenzó el fin de mi padre.

Lo que dije del fascismo es una coartada,
con la que justifico también mi odio,
injusto, hacia ese pobre hombre: y debo decir sin embargo que es un odio
horriblemente mezclado de compasión.

Ahora que inmerecidamente tengo cuarenta y cuatro años,
casi la edad que él tenía en la época de mis primeros poemas,
lo veo fuera de mi historia,
en un episodio que me es totalmente extraño,
en el que soy un culpable héroe objetivo.
Porque *debo* recordar
que, con mi amor inicial hacia mi madre,
hubo también un amor hacia él: un amor sensual.
Debo recordar mis pasitos de niño de tres años,
en una ciudad miserablemente perdida entre las montañas,
de ligera apariencia austríaca,
casi en las fuentes de un río con nombre de museo y de guerra
y de miseria,
un río celeste entre grandes playas arenosas
al pie de las montañas,
--mis pasitos al borde de una carretera
golpeada por un sol que no era de mi vida
sino de la de mis padres,
el borde donde mi padre, hombre joven,
estaba orinando...
Debo agregar, todavía, para terminar esta historia
--muy irregular en el conjunto de mi poema--,
que aquellos versos friulanos son mis más bellos versos
(junto con los que escribí hacia los veintitrés, veinticuatro años,
publicados más tarde con el título de *La mejor juventud*,
y con los versos italianos de la misma época,
nacidos de esta profunda elegía friulana
de masoquista,
y exhibicionista y masturbador,
entre las moreras y las viñas vistas con los ojos más puros del mundo);

se titulan, esos versos, *El ruiseñor de la iglesia católica*,
y su "falsete" es todavía una música atroz
y sutil que, desde muy hondo, me fascina y me tira hacia atrás.
No puedo decirles otra cosa
de mi estada
en ese lugar de temporales y primulas,
con algo de Oriente en la frontera pequeño burguesa con Austria:
se encargarán del resto los periodistas italianos fascistas
o simplemente anticomunistas.

Huí con mi madre y una valija y algunas alegrías que resultaron falsas,
en un tren lento como los trenes cargueros,
por la llanura friulana cubierta de una ligera y dura capa de nieve.
Íbamos hacia Roma.
Nos íbamos entonces, una vez abandonado mi padre
junto a una pequeña estufa de pobres,
con su viejo capote militar
y su horrible cólera de cirrótico y sus síndromes paranoides.
Ya viví esa
página de novela, la única de mi vida;
por lo demás,
he vivido en medio de un poema lírico, como todo obseso.
Tenía también entre mis manuscritos mi primera novela:
era la época del *Ladrón de bicicletas*
y los literatos descubrían Italia.
(Ahora ya no soy un literato,
los evito, no tengo nada que ver
con sus premios y su prensa).
Llegamos a Roma,

ayudados por un dulce tío mío,
que me dio algo de su sangre:
yo vivía como puede hacerlo un condenado a muerte
siempre *con ese pensamiento* como una carga,
--deshonor, desocupación, miseria.
Mi madre fue reducida durante un tiempo a hacer de mucama.
Y yo no me curaré más de ese mal.
Porque soy un pequeño burgués, y no sé sonreír como Mozart...
En un film --que se llama *Pajarracos y pajaritos*--
ensayé, ciertamente, hacer una obra cómica,
suprema ambición para un escritor,
--pero pude hacerla sólo en parte,
porque soy un pequeño burgués
y tengo tendencia a dramatizarlo todo.

¿Cómo me hice marxista?
Y bien... iba entre las florecillas primaverales, blancas y celestes,
que nacen justo después de las primulas,
--y un poco antes de que las acacias se cubran de flores,
perfumadas como la carne humana, que se descompone en el calor
sublime
de la más bella estación--
y escribía en las orillas de las pequeñas lagunas
que a lo lejos, en el país de mi madre, como uno de esos nombres
intraducibles se las llama *fonde*,
con los hijos de los campesinos
que se bañaban inocentemente
(porque permanecían impasibles ante su vida
mientras yo los imaginaba concientes de lo que eran)

escribía los poemas del *Ruiseñor de la Iglesia Católica*.

Era en el '43:

en el '45 todo fue diferente.

Esos hijos de campesinos, ya más grandes,

se pusieron un pañuelo rojo en el cuello

y marcharon

hacia la capital del distrito, con sus puertas

y sus palacetes venecianos.

Y es así cómo supe que eran jornaleros,

y que había también patronos.

Me puse del lado de los jornaleros, y leí a Marx.

(...)

¡Oh América! ¡Qué grande es tu espiritualismo!

¡Y será más grande aún cuando su inocencia sea desencantada!

Amo a Ginsberg:

hacía tanto tiempo que no leía poemas de un hermano poeta--

creo desde siempre, en este país de temporales y de primulas,

donde leí los cantos griegos de Tommaseo, y a Machado.

Ningún artista y ningún país, es libre.

Es una viviente contestación.

Pound va a la cárcel como Siniavskij y Daniel,

y el señor Lennon escandalizó al mundo entero, hasta a los rusos, creo.

(...)

En cuanto a mí,

un inocente no es creído jamás,

está demasiado ocupado en pensar

en un río celeste entre grandes playas arenosas

al pie de las montañas,

que corre bajo el sol de sus padres,

en otras vidas,

en vidas interpretadas de otro modo,
en otro sentido de la vida,
que no es solamente el de los sueños,
si nuestra vida no es sino una sombra
sobre nuestra verdadera vida,
que no conocemos.

En Roma, del '50 hasta hoy, agosto de 1966,
no hice más que sufrir y trabajar vorazmente.
Enseñé, después de ese año de desocupación y de agonía,
en una escuelita privada, por veintisiete dólares al mes:
mientras mi padre
nos había encontrado
y no hablamos nunca de nuestra fuga, la de mi madre y yo.
Fue un hecho normal, un desplazamiento en dos tiempos.
Habitamos una casa sin techo ni revoque,
una casa de pobres, en la extrema periferia, cerca de una cárcel.
Había un palmo de polvo durante el verano; en el invierno era un
pantano.
Pero era Italia, Italia desnuda y hormigueante,
con sus muchachos, sus mujeres,
sus olores de jazmín y de sopas pobres,
las puestas de sol en los campos del Aniene, las pilas de basura,
y, por mi parte,
mis sueños íntegros de poesía.
Todo, en la poesía, podía tener solución.
Me parecía que Italia, su descripción y su destino,
dependía de lo que yo escribía de eso,
en esos versos impregnados de realidad inmediata,

y ya no más nostálgica, como si la hubiera ganado con el sudor.
El hecho de que yo fuera rico de cultura y de amor no tenía importancia.
El hecho de que, algunos días, no tuviera siquiera
cien liras para afeitarme era lo peor:
mi perfil económico, si bien inestable y loco,
era, por esa época, en muchos aspectos,
semejante al de la gente entre la que yo habitaba:
en eso éramos verdaderamente hermanos, o al menos semejantes.
Y es por eso, creo, que pude comprenderlos verdaderamente.

(...)

Y para comprender mis novelas intraducibles,
lean el prefacio de Oscar Lewis en su novela grabada:
se trata de eso...

(...)

La burguesía italiana también puede ser racista.
No había tenido la ocasión de serlo,
y la primera y la más pequeña ocasión,
la provocaron mis novelas.

Experimenté lo que un negro en Chicago:
el terror.

Pero yo olvido pronto,
y todos los terrores
se transformaron en *una cosa*
sobre -y por encima- de mí: *una cosa* especial,
esa cosa.

Y así la aparté y la sufrí en las *vísceras*:
y me apareció una úlcera,
de la que, tarde o temprano, moriré.
¡Golpe sucio para el sueño ininterrumpido
de mi juventud!

La burguesía italiana, a mi alrededor,
como una banda de asesinos.
Y no espero ciertamente un mejor recibimiento
de la burguesía americana.
En el mundo del capital la vida es una apuesta
a ganar o a perder:
es la condición humana
de la laicidad burguesa.
El que se descubre, o confiesa,
y no teme el ridículo,
termina mal: es la ley.
Queridos americanos, no pacifistas,
y no espiritualistas,
es decir enorme mayoría bienpensante,
vuestro Dios es un idiota
como todo ciudadano medio
que desea con todas sus fuerzas y con todo su espíritu
ser *como* los otros:
y es debido a ese amor loco por la igualdad que la odia.
¿Quién de entre ustedes lloró
por el joven griego condenado a muerte
por objeción de conciencia?
Hagan un breve examen de conciencia:
quien no vertió esas lágrimas es un cerdo.

Pero no hago sino un poema

bio-bibliográfico; volvamos al tema:

Muchachos de la calle, y Una vida violenta

son los títulos de mis dos novelas

que han puesto al descubierto el odio racista italiano.

Escritas en el corazón de los Años Cincuenta.

Mientras que los títulos de mis antologías

de poesía escritas por la misma época son:

Las cenizas de Gramsci,

La religión de mi tiempo,

Poesía en forma de rosa.

En este último algo se rompió,

quizás era la presencia,

todavía no conocida por mí,

de la nueva izquierda americana.

Falsamente he abjurado del compromiso,

porque sé que el compromiso es ineluctable,

y hoy más que nunca, les diré

que no solamente hay que comprometerse

en la escritura,

sino también en la vida:

hay que resistir en el escándalo

y la cólera, más que nunca,

ingenuos como bestias en el matadero,

turbados como víctimas, justamente:

hay que decir más fuerte que nunca el desprecio

contra la burguesía, gritar contra su vulgaridad,

escupir sobre la irrealidad que ella eligió como única realidad,

no ceder con un acto o una palabra

en el odio total contra ellas, sus policías,

sus magistraturas, sus televisiones, sus diarios:

y aquí
yo, pequeño burgués que dramatiza todo,
tan bien criado por su madre en el espíritu
dulce y tímido de la moral campesina,
quisiera tejer el elogio
de la suciedad, de la miseria, de la droga y del suicidio:
yo, poeta marxista privilegiado
que posee instrumentos y armas ideológicas para combatir,
y mucho moralismo para condenar el puro acto escandaloso,
yo, tan profundamente como es preciso,
hago el elogio, porque la droga, el horror, la cólera,
el suicidio
son, con la religión, la única esperanza que queda:
contestación pura y acción
sobre la que se mide la enorme equivocación del mundo.
No es necesario que una víctima sepa y hable.

Luego, en los ´60, rodé mi primera película, que
se titula *Accattone*.
¿Por qué pasé de la literatura al cine?
Hay, entre las preguntas previsibles de una entrevista,
una pregunta inevitable, y ésta lo es.
Respondía siempre que era para cambiar de técnica,
que tenía necesidad de una nueva técnica para decir algo nuevo,
o, al contrario, que decía lo mismo siempre, y que, por eso
debía cambiar de técnica: según las variantes de la obsesión.
Pero no era del todo sincero dando esta respuesta:
lo verdadero estaba en lo que había hecho hasta entonces.

Después me di cuenta
de que no se trataba de una técnica literaria, casi
formando parte de la lengua con la que uno escribe:
sino que era, ella misma, una lengua...

Y entonces proclamé las razones oscuras
que presidieron mi elección:
¡cuántas veces rabiosa y desconsideradamente
dejaré querer renunciar a mi ciudadanía italiana!
Y bien, abandonando la lengua italiana y, con ella,
progresivamente, la literatura,
renunciaba a mi nacionalidad.

Decía no a mis orígenes pequeño burgueses,
le daba la espalda a todo lo italiano,
protestaba, ingenuamente, poniendo en escena una abjuración
que, al mismo tiempo que me humillaba y me castraba,
me exaltaba. Pero no era del todo
sincero, todavía.

Porque el cine no es solamente una experiencia lingüística,
sino también, en tanto que búsqueda lingüística,
una experiencia filosófica.

Un día iba, como un pescado fuera de la red,
en el aire seco,
hacia los contornos de un promontorio vacío de almas, enfermo
en el cielo,
y les diré lo que me pasó y de qué manera pasaron las cosas.
Iba, aquel día, por una carretera seca,
con las manos tan secas como el cerebro, les confieso

que sólo mi vientre estaba vivo, como ese promontorio en el inútil cielo.
Todos los mitos se habían derrumbado y descompuesto pero al menos,
en el promontorio,
alguien vivía.

En suma, empujado por mi vientre vivo y mi miopía,
me dirigía hacia el sol seco,
sobre un breve asfalto,
entre algunos sucios matorrales del otoño todavía estivales,
hacia una construcción vacía al sol,
con vivos dibujos de viejos muros y de viejos palos y de viejas
redes y de viejas empalizadas, en azul y blanco,
--estamos en Italia-- donde el sol mezclado a la lluvia hedía
dulcemente.

Allá, en el interior, hay un muchacho de mirada torva, con un delantal
(si bien recuerdo), cabellos
tupidos de mujer,
la piel pálida y cansada, una cierta inocencia loca en los ojos,
de santo testarudo, de hijo que se comporta como su buena madre.
Cómo te llamás, qué hacés, vas a bailar, tenés una chica,
ganás bien,
fueron los temas por los que volvía a mi primer impulso
de vieja concupiscencia de comienzo de la siesta
como un pez aburrido.

Ustedes vieron mi Evangelio,
vieron los rostros de mi Evangelio.

No podía equivocarme, porque a menudo, cuando uno vuelve, las
decisiones deben ser tomadas
en instantes:

no me equivoqué jamás sobre los rostros,
(...)

porque mi concupiscencia y mi timidez
me obligaron a conocer mejor a mis semejantes.
Yo también lo reconocí a él instantáneamente,
miserable poseído de la construcción asediada por el sol.
El invierno llegaba,
(...)
y él estaba ahí, en su rostro,
con sus tinieblas y sus casas silenciosas, su (...) castidad.
Yo me alejé.
Pero no lo bastante rápido como para que él no experimentara,
como una mujer,
el terror frente al padre no semejante a los padres
que habían constituido, en razón de su obediencia, el mundo.
Y bien, en principio, no sé qué pequeña autoridad
de ese promontorio abandonado por los hombres y asaltado
por los burgueses descendientes de Roma, idiotas y consagrados
a la norma,
lo creyó.
Después lo creyó no sé qué comandante,
con el rostro aplastado por un destino pobremente mundano.
Lo creyó un juez de instrucción
que tenía en los ojos la misma expresión
inhumana y atemorizada de los palacetes 1900 de ese pueblito absurdo,
donde trabajaba.
Lo creyó, por último, el presidente del tribunal
que me condenó,
a veinte o treinta días formales.
El muchacho de la palidez de santo contó
que había entrado en su negocio, aquel día de sol,
un bandido, con sombrero negro,

que se había puesto guantes negros,
había cargado una pistola con una bala de oro,
lo había intimado a rendirse
y había sustraído de su caja
más o menos tres dólares.
Después, yéndose, lo había amenazado,
porque él, el agredido, había tomado, para defenderse, un cuchillo.
Conté estas cosas
en un estilo no poético
para que no me leas como se lee a un poeta.
Existía por otra parte, en Italia, cierto Salvatore Pagliuca,
senador de no sé qué partido,
existía abajo, en el sur de Levi, en las aldeas secas,
al sol de los aluviones,
donde crecen espléndidos olivos
y espléndidas retamas.
En ayunas de olivos y retamas,
como yo estaba en ayunas de su existencia,
este señor Pagliuca,
vio mi historia sobre *Accattone*, y entendió
que un moro de dientes escintilantes, como un lobo feroz
de embestida preciosa,
se llamaba Salvatore Pagliuco.
Y se ofendió, inició pleito en mi contra, ganó el proceso
y obtuvo muchos millones
por daños y perjuicios.
Te conté esto
en un estilo no poético
para que no me leas
como se lee a un poeta.

Un día al comienzo de los Años Sesenta
(el período en que todo ocurrió)
le di a un pequeño rey del cine que se llamaba Amato
y a su compadre Amoroso,
un guión con el agreste título de:

Ricotta.

Acaso ustedes vieron este film
en el Festival de New York hace unos años.
En ese guión,
escrito como escribe un escritor,
había algunas palabras poco fáciles,
y poca indulgencia con la religión de la burguesía católica.
Por una de las tantas razones de mi país que vos, crítico cinematográfico,
conocés muy bien,
el film fracasó, Loved murió,
y Loving,
intentó un proceso en mi contra
acusando a mi guión escabroso para el público medio,
de haberle impedido de hacer su film.
Es como si el Sr. Crawther
diera a Levin, por pedido del mismo Levin,
un manuscrito demasiado rosa, bueno sólo para chicas de pensionado,
y el Sr. Levin no encontrándolo aceptable,
por razones personales,
le hiciese un proceso porque el excesivo color rosa
del guión de Crawther, del dulce Crawther,
le había impedido realizar el film que él anhelaba.

Perdí este proceso y no sé cuántas decenas de millones
tuve que reembolsar al señor Loving
arruinado por mi primera versión
de un guión inadaptado para el italiano medio.

(...)

(...) pero te lo conté
en un estilo no poético
para que no me leas
como se lee a un poeta.

Así declinó la estima por la poesía, típico
de las infancias que creen en la eternidad;
ilusión que no entierra los nacionalismos,
confiando, inocentemente,
(con una pasión infantil) en lo absoluto
de la lengua de una nación,
su utilización en canto, en música
(lo que es absolutamente absurdo apenas
pasada la aduana); ilusión
que no entierra ni siquiera la lógica y el clasicismo
(un miserable filólogo puede reconstruir,
entre una palabra y otra
--aislado y hundido en su silencio--
el discurso cortado,
un pobre discurso
sin ideas, sin religión sino el culto
muy poco religioso, finalmente,
de la poesía en la literatura). Pero no ha declinado solamente
la estima por esta poesía

que pertenece a la pequeña historia de mi tiempo
(en el que estoy atrapado
sin poder retirar un solo rostro,
ni el más extranjero,
ni un solo libro, ni el más olvidado),
sino la estima por la poesía misma.
No es la poesía nunca, entonces, la que cuenta.
Al menos si ella es concebida como poesía.
¡La lengua de la acción, de la vida
que se representa
es infinitamente más fascinante!
Es ella la que se reconstituye
--apenas cerrada--
a partir de un libro de poesía:
ella está *antes y después*;
entre los dos hay un vehículo expresivo
que la evoca, eso es todo. Trabajo de brujas.
Y es gracias a esta lengua
del no-yo que se expresa
con un derecho igual, que la habilidad da al poeta
una fuerza igual al yo.
Pero la profesión del poeta en tanto tal
es cada vez más insignificante.
¿Es acaso verdaderamente necesario
introducir esa lengua viviente
en una lengua de convención
para que ella se libere de eso
volviendo a ser lo que es, viviente,
en el lector?
¿No sabe, acaso, él, dialogar con la realidad?

¿El humilde valor del poeta
es volver a evocarla como él la ve?
¿Pero eso es serio?
¿Por qué no la contempla en silencio?
-- ¿santo, y no hombre de letras?
Sin embargo, ¿qué hacen los jóvenes,
en las tardes de sus ciudades de provincia,
y hasta en las grandes metrópolis,
si no hablar de literatura?
¿Caminando con pasos facciosos, por las calles
apenas descubiertas,
cargadas de sentidos secretos y de historia?
¿Descubriendo a los escritores
como a las putas o los misterios de un barrio,
o las costumbres de una vida social
que es a menudo la de ellos, aunque todavía es de los padres
(que por eso preparan una guerra
para enviarlos a la muerte)?

Preguntándome
a la luz del sol de agosto
en Manhattan desierta,
me doy cuenta que yo
(que solamente por medio de la literatura pude ser poeta),
no soy más un literato.
Mi destino
es evocar pequeñas colinas dominando
otro río
de aguas azules muy transparentes
sobre finos guijarros,

corriendo entre riberas de gravas
como osarios, primero, entre los bancos de aluviones,
tristemente verdes, después, entre los viñedos
(locos, en el verano, con su silencio húmedo, difuminado,
casi oriental) de las colinas,
y finalmente entre terrenos abonados cuyo olor
basta para desencadenar, en dos ojos salvajes
y en un vientre salvajemente puro, ese desfallecimiento
que atrapa
y da ganas de morir.

Sobre esas miserables colinas
--verdaderos cementerios, sin flores--
se luchó contra los fascistas y los alemanes,
y mi hermano
como ya les dije,
dejó en ellas sus diecinueve años,
como un halcón que apenas sabía volar,
y volaba tan bien.

Lo que ustedes llaman con un rictus irónico
pero desagradable
(que les deforma esa cara falsamente segura,
de enfermos)
subrayándolo, *el compromiso*,
vivió, durante unos quince años,
como parásito de la gloria y del dolor de esos cementerios.
Es decir, no existió.

Ahora comienza a existir.

Ahora esos cementerios sin flores
tienen también ellos su floración.

Hasta mi amigo Moravia tiene miedo,

temiendo acaso la impopularidad,
cuando no quiere entender esto.
Y con él, y mucho peor que él,
(que misteriosamente está tendido en una imperturbable
voluntad de comprender), todos los otros
que en Italia
tienen el nombre y la función de *litteratos*.
Todos reniegan del compromiso con la tácita,
neurótica voluntad de adularlos a ustedes: algunos lo hacen
con contrición, otros hinchán el pecho como putarracas.
Yo no quiero volver a esas colinas
ni como turista ni como visitante de tumbas,
que quede claro.
Yo también, yo también las he olvidado.
¡Y con razón! En nuestra acción y en la ideología
que la dictaba, como un sublime catecismo,
viví mi rebelión de hombre joven.
Quizás allí adquirí
también hábitos indelebles
de moralismo y dignidad.
Pero no vuelvo más, a esos lugares
que existen pero que son invisibles.
(...)
En este punto, no quiero conmovirme sobre mis razones,
es decir sobre el hecho
que no sólo *el compromiso*
no terminó, sino que comienza.
Nunca Italia fue más odiosa.
Sobre todo con la traición de los intelectuales,
con ese revisionismo del partido comunista, lobo

que, esta vez, es verdaderamente cordero --el camarada
Longo
en la tapa de *Spiegel*
tenía una cara adulatora de literato
que finge estar *à la page*,
rechazando así toda la violencia palingenésica del comunismo:
sí, el comunista también es un burgués.
Esta es a menudo la forma racial de la humanidad.
Quizás comprometerse contra todo esto
no quiere decir escribir, como hombres comprometidos,
diría yo,
sino vivir.

En cuanto a mis obras futuras,
verás a un joven llegar un día
a una hermosa casa
donde un padre, una madre, un hijo y una hija
viven ricamente, en un estado que no conoce la crítica,
como si fuera un todo, la vida pura y simple;
hay también una sirvienta (originaria de regiones subproletarias);
viene, ese joven,
bello, como un americano,
y, súbitamente, la sirvienta, la primera, cae enamorada de él,
y se levanta las faldas. El le da la dulce,
pesada cólera de su miembro. Luego el hijo
se enamora de él; duermen juntos, en la misma habitación
del chico, con los restos de la infancia; y también al hijo
él le da su miembro de seda, más adulto y potente;
y el mismo don, condescendiente y generoso,

porque él es el que da, le hará a la madre,
que adoró sus ropas, los pantalones, la remera,
el slip, dejados en un bungalow
un día caluroso de verano, sobre el mar Tirreno;
y aún el mismo don le hará al padre, transformándose
en padre del padre --porque él, con ambigua dulzura materna,
es, por nombre, padre--
al padre que se despertó al alba
con un dolor de estómago que lo parte en dos,
y que descubre, alzándose para ir al baño
la belleza muda de las cuatro de la mañana
con el fulgor del sol... y que descubrirá su amor
con la misma maravilla
con que descubrió aquel sol:
un amor como el de Ivan Illich por su sirviente
campesino y joven;
pero consciente y dramático
porque él, el viejo industrial con la cara
de Orson Welles, es un pequeño burgués,
que dramatiza todo.
El mismo don de su miembro, durante las horas
de la enfermedad del padre --y antes que al padre--
él le hará a la hija de catorce años, enamorada
de su padre, y que descubre, al joven todo amor,
a través de los ojos enamorados, justamente, del padre.
Después el joven se va:
la ruta al fondo de la que desaparece
permanece desierta para siempre.
Y cada uno, en la espera,
en el recuerdo,

como apóstol de un Cristo no crucificado pero perdido,
en su destino.

Es un teorema;

y cada destino es un corolario.

Los destinos son los que conocés,
aquellos del mundo donde vos con tu antipática sonrisa anticomunista,
y yo con mi odio infantil antiburgués,
somos hermanos; ¡nos sabemos todo!

Cómo toma forma una neurosis de angustia
y cómo una pequeña víctima femenina
de catorce años

termina en la cama de una clínica,
con los puños cerrados de tal modo
que ni un escalpelo podría entreabrirlos;
cómo un chico habla solo como un loco
pintando e inventando nuevas técnicas,
hasta llegar a ser

un Giacometti, un Bacon,
con el espectáculo de sus espectros figurativos,
símbolos de la tragedia del mundo
en un alma enferma

maloliente del rencor mezquino del mal;
cómo una mujer de mediana edad, hermosa todavía,
y coqueta, no sabe olvidar al Cristo de la Iglesia
y al mismo tiempo, una vez perdida,
no sabe resistir el deseo de perderse todavía,
y vive así entre muchachones fáciles
y angustias cristianas;

y cómo, por fin, un padre,
que había confundido la vida con la posesión

una vez poseído,
pierde la vida, la arroja:
es decir da lo que él posee
--una fábrica en los alrededores de la ciudad--
a sus obreros, para perderse luego en el desierto,
como los hebreos.
Casos de conciencia, todos(...).
Pero la sirvienta, por el contrario, se vuelve una santa loca.
Va al patio de la antigua casa subproletaria,
calla, reza, y hace milagros;
cura gente,
no come más que ortigas, hasta que sus cabellos se ponen verdes,
y, por último, para morir,
se hace enterrar, llorando, por una excavadora,
y sus lágrimas, brotando del fango
se vuelven una fuente milagrosa.
Antes del Padre y la Madre,
había, en el paraíso terrenal, un Primer Padre,
y en su intimidad hemos vivido primero.
Pero después, lo importante fue el amor de la madre
con quien nos hemos identificado
porque no podemos vivir
sino identificándonos con alguien.
No podemos, por lo tanto, concebir amor
que no tenga la dulzura maternal.
Aquel Primer Padre tiene dulzura de Madre.
Pero, en una familia burguesa,
el padre no está sino para desencadenar dramas morales.
La religión, la religión del vínculo directo con Dios
está todavía en el mundo anterior

al de la burguesía.
Los obreros observan.
(...)

Callaré, amigo, lo que, en cantos y episodios
y coros en lugar de fundidos,
escribiré sobre el silencio de Pílates
que se volverá revuelta
y traición,
contra el amigo de la adolescencia, el del miembro erecto,
Orestes, el príncipe socialista,
el degenerarse de ciertas Furias purificadas
y retiradas a los montes festivos en el cielo
y en el cielo perdidas;
el regreso de esas Furias vueltas al viejo estado
en la ciudad liberada, con ellas, de la monarquía;
el regreso de Electra,
hija que amó a su padre Rey, y ahora es fascista como
se es fascista en el sombrío recuerdo de orígenes defectuosos;
la huída de Pílates hacia los montes de las Furias vueltas Euménides,
las diosas de los partisanos
y del amor imprevisto que une a un partisano a otros partisanos;
la preparación de la lucha,
y el regreso al frente de un ejército irregular,
--el misterioso ejército de las montañas;
la alianza entre Electra fascista y Orestes liberal
y partidario de reformas,
en la ciudad que se volvió opulenta;
la intervención de Atenea
que protege a Electra y a Orestes,

niños de la razón
y los une, haciendo callar el ulular de las Furias antiguas
que vagan por la nueva ciudad;
la incertidumbre de Pílates
ante la ciudad enriquecida
que ya no necesita más de él;
su encuentro,
la noche de la víspera de la batalla,
con el viejo amigo de la adolescencia,
detenido en su juventud,
bello como en los tiempos de sus primeros amores
cuando las mujeres eran desconocidas;
y también su abandonarse a discursos sobre el alma y el amor
que nada tienen que ver con la realidad presente
que los vuelve a unir;
y, por último, la soledad de Pílates,
al final de la noche,
que, antes del alba, deberá
no obstante, tomar una decisión.
¿Crees acaso que se puede tener un sueño, no recordarlo,
y sin embargo por él, cambiar la vida?
¿Crees que un padre pueda tener un sueño
en el cual
se ve amar a su hijo,
no sé bajo cuál apariencia,
ya sea el padre mismo, de joven,
o un extraño
que es el padre del padre (joven),
o la identificación en sí de su propia madre...
Nadie

ni yo, conocerá jamás este sueño.
Pero el padre cambiará su vida.
¿Recuerdas a Heracles,
que le pide a su hijo llamar a todos sus compañeros
más fuertes y que lo lleven en hombros,
a la cima del monte cercano a la ciudad,
al monte de la ciudad,
que es la meta de los peregrinajes
y aventuras de los chicos
como sucede en los mundos pre-industriales?
Y juntos, allá en la cima, el hijo y los otros chicos,
¿habrían debido prepararle su hoguera
y darle muerte?
Entra en ese sueño, si sos padre.
Vos, padre que, acaso inocentemente,
sos cómplice
de los padres
que quieren liberarse de los hijos
enviándolos a morir en las guerras que se desatan
en los lugares de la Coartada,
extremo Oriente de la Historia.
Aquí, por una vez,
el padre no quiere la muerte del hijo,
pero sí su amor.
El deviene el hijo y en el hijo, joven,
ve acaso al padre y lo ama, no quiere
asesinarlo, sino ser asesinado por él,
no quiere poseerlo sino ser poseído.
Sí, pero ese padre es un burgués
de nuestro mundo,

tiene una fábrica al pie de los montes de Brianza
(festivos en el cielo y en el cielo perdidos):
¿Cómo podrá aceptar las consecuencias
de aquel sueño, por lo demás,
no recordado?
Las aceptará desnaturalizándolas. Sabiendo
y no sabiendo.
Se hará sorprender por el hijo desnudo sobre la madre.
Buscará pretextos para golpear al hijo,
y para hacerse golpear.
Agredirá al hijo
para atraerlo sobre sí,
para ser el centro de su vida.
Hasta que el hijo, el dulce hijo mozartiano,
pacifista y objetor de conciencia,
abandonará la casa rica,
habiendo antes escuchado del padre delirante
una declaración de amor.
El chico (uno de esos chicos nuevos, mucho mejores que nosotros)
--te lo digo yo-- no lo odiará,
y, si hubiese podido hacerlo
le hubiera dado al padre mendigo
todo su oro,
lo habría poseído como el chico de la calle
posee, por pocos dólares, a quien no tiene fuerza de ser hombre
y lo invoca, sin embargo, como a un salvador...

Se va, por los caminos del mundo,
con una chica,
ni más ni menos que una puta, y un amigo:

y no se sabrá nunca a quién dirige su amor
si bien él, ciertamente, hunde su oro
en el vientre de la chica.

El padre llega, espía, lo sorprende, corrompe a la chica,
se queda a espiar detrás de la puerta su amor,
descubre lo que el hijo tiene sin misterio,
como cada uno tiene,
y sin embargo es en él horriblemente misterioso.

El padre no puede vivir después de haber visto aquel amor.

Entra y golpea mortalmente al hijo,
que sale, llorando y saludando la vida
de la habitación de uno de los mil coitos de su vida.

Muere. Y sobre él, muerto,
el padre se inclina para abotonar
los pantalones abiertos sobre el esplendor
inmaculado de la remera.

El padre, después de muchos años,
como en los folletines,
concluye el largo sueño de su vida
soñando sobre el terraplén de una estación
como en un verso de Ginsberg.

Aquí están.

Estas son las obras que anhelaría hacer,
que son mi vida futura --pero también pasada--
y presente.

Sabés, (...) ya te lo dije, viejo amigo, padre
un poco intimidado por el hijo, huésped
alóglota potente de humildes orígenes--
qué poco vale la vida.

Por eso yo querría tan solo vivir
aún siendo poeta,
porque la vida se expresa también por sí misma.
Quisiera expresarme con ejemplos.
Arrojar mi cuerpo en la lucha.
Pero si las acciones de la vida son expresivas,
la expresión, también, es acción.
No esta expresión de poeta renunciatorio,
que no dice sino cosas
y utiliza la lengua como vos, pobre,
directo instrumento;
sino la expresión desatada de la cosas,
los signos hechos música,
la poesía cortada y oscura,
que no expresa nada más que ella misma,
según la idea bárbara y exquisita
de que la poesía sea sonido misterioso
entre los signos orales de una lengua.
Yo entregué a mis coetáneos y también a los más jóvenes
esta bárbara y exquisita ilusión: y te hablo brutalmente.
Y, porque no puedo volver atrás,
y tomarme por un chico salvaje,
que cree que su lengua es la única del mundo,
y que en sus sílabas siente misterios musicales
que sólo sus compatriotas, semejantes a él por carácter
y locura literaria, pueden percibir
--en tanto que poeta seré poeta de cosas.
Las acciones de la vida
sólo serán comunicadas,
y serán, la poesía,

porque, repito,
no hay otra poesía que la acción real
(temblás sólo cuando la volvés a encontrar
en los versos, o en las páginas en prosa,
cuando su evocación es perfecta).
No haré esto con alegría.
Tendré siempre la nostalgia de aquella poesía
que es acción por sí misma, en su apartarse de las cosas
en su música que no expresa nada
más que la propia árida y sublime pasión
por sí misma.
Y bien, te confiaré, antes de dejarte,
que quisiera ser compositor de música,
vivir con instrumentos
en la torre de Viterbo que no logro comprar,
en el más bello paisaje del mundo, donde Ariosto
estaría loco de alegría al sentirse recreado
con toda la inocencia de las encinas, montes, aguas y hondonadas
y allí componer música,
la única acción expresiva
acaso, alta, e indefinible
como las acciones de la realidad.